

La recuperación hermenéutica del *hierós logos*

Greta Rivara Kamaji

Una de las contribuciones más significativas de la hermenéutica contemporánea al terreno del saber, ha sido la recuperación del pensamiento mítico. Las hermenéuticas de Gadamer y Ricoeur se han destacado en esta labor.

Recordemos simplemente lo realizado por Ricoeur en *Finitud y culpabilidad*. La vía privilegiada que encontró para elaborar una ontología fue precisamente la del pensamiento mítico. A través de una fenomenología de algunos mitos de caída, Ricoeur construyó los conceptos centrales de su primera ontología. Consideró al terreno del mito ontológica y hermenéuticamente privilegiado por su estructura, por la carga simbólica, por la potencia de su metafóricidad, por ser despliegue de concepciones e interpretaciones del ser, del mundo y del ser humano.¹ Ricoeur encontró en el mito, una forma de conocimiento distinta a la meramente teórico-discursiva, una forma de conocimiento que despliega verdades, que muestra modos de darse el ser humano.

El otro caso en la hermenéutica contemporánea que emprendió un rescate del valor hermenéutico del mito fue, sin duda alguna, Gadamer y en él nos concentraremos. Cabe decir en primer lugar que la recuperación gadameriana del mito se da exactamente en el mismo sentido de la recuperación de la obra de arte, en cuya estructura ontológica, Gadamer encontró, precisamente, la posibilidad de construir una comprensión hermenéutica del ser y de la verdad.² Podríamos decir que con Gadamer, la filosofía contemporánea ha realizado la hazaña de recuperar la verdad en el arte.³ Así como lo hizo con el arte, Gadamer desentrañó el modo de ser del mito para encontrar

¹ Cf. Paul Ricoeur. *Finitud y culpabilidad*. Madrid, Taurus, 1995.

² Cf. H.G. Gadamer. *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Sígueme, 1999. Recordemos que prácticamente toda la primera parte de esta obra está dedicada a la elaboración de una ontología de la obra de arte, base sobre la cual Gadamer logra construir una recuperación de sus condiciones de verdad y más aún, consideramos que esa recuperación lo lleva a construir un concepto de verdad cuyo modelo deriva de la estructura ontológica de la obra.

³ Por supuesto, no debemos olvidar ese momento crucial cuando Hegel lleva nuevamente al arte al terreno del conocimiento y no sólo eso sino que lo ubica en el saber absoluto junto con la religión y la filosofía. El arte, con Hegel, se convierte nada más ni nada menos que en manifestación sensible de la Idea. Tampoco debemos olvidar ese otro momento importantísimo con Nietzsche, éste autor se encargó también de recuperar las condiciones de verdad en el arte, además de trabajar sus implicaciones ontológicas. Por otro lado, los románticos, a su vez, colaboraron enormemente con esta labor de recuperar las con-

en éste, elementos que permitan construir otra concepción de la racionalidad y por tanto, del conocimiento. El autor de *Verdad y método* señala "que la experiencia que el arte hace del mundo le corresponde un carácter vinculante y que este carácter vinculante de la verdad artística se asemeja al de la experiencia mítica, se muestra en su comunidad estructural".⁴

Gadamer encuentra en el pensamiento mítico, la expresión del modo de ser del lenguaje mismo, es decir, simbolicidad y metaforicidad. Esto es, no señala que el mito se exprese con símbolos y metáforas sino que de hecho el mito no concibe al lenguaje sino como simbolicidad y metaforicidad, pues es así como éste entiende al mundo, como un suceso de significación, de significatividad en el cual, el símbolo y la metáfora no son formas del lenguaje para referir a algo otro sino que son el modo mismo de desplegarse el lenguaje.

El carácter siempre narrativo del mito implica para Gadamer tres aspectos centrales: en primer lugar, que la narratividad es el modo en el que el mundo y el ser humano se configuran, aún el universo mismo. En segundo lugar, indica que esa configuración, al ser siempre una historia, es un modo de comprensión del mundo, mas esa comprensión no se da sobre objetos evidentes ni sobre realidades dadas sino justa y precisamente en un evento narrativo, ahí se da el mundo, ahí se da el ser. En tercer lugar y dado lo anterior, el mito significa siempre una concepción del pasado, una manera de entenderlo. En la narración mítica hay un supuesto fundamental: sólo desde un pasado se entiende un presente, sólo por un pasado se explica el sentido del despliegue de un presente, más aún, el presente sólo cobra sentido porque un pasado lo ha configurado.

De acuerdo con Gadamer, estos elementos son, en principio, suficientes para afirmar que el relato mítico es una forma de racionalidad en tanto es una manera de comprender al mundo, al ser y a nosotros. Además, para el relato mítico no hay otra forma de comprender al mundo sino como narración, como evento de significación, de sentido (simbólico y metafórico) y esa significación está directamente vinculada con la necesidad de explicar que lo que constituye nuestro ser es una historia, un pasado que hace un presente y construye un futuro.

En el mito, el ser, nuestro ser, no se dice, no se explica sino en historias, de modo tal que lo que contiene es una razón narrativa que en sí misma es *poiética* puesto que crea en lo narrado el orden de sentido que explica al mundo, por ello todo mito ha comenzado siendo poesía, un hacer de la cosa misma poiéticamente, en la que el carácter metafórico del lenguaje permite que se muestren las verdades del mundo, de la vida, del ser humano, como formas de autointerpretarnos ya que en todo mito se presenta una visión del mundo como una totalidad de significados.

diciones de conocimiento del arte. Ya en la filosofía contemporánea, encontramos la realización de esta labor con Heidegger, quien configuró una ontología de la obra de arte. En *El origen de la obra de arte* encontramos la explicitación de las estructuras ontológicas de la obra de arte; con esa explicitación Heidegger vincula indefectiblemente al arte con la verdad. Consideramos que estos autores habían preparado el terreno suficiente sobre el cual Gadamer realizaría su recuperación de la verdad en el arte.

⁴ H.G. Gadamer. *Mito y Razón*. Barcelona, Paidós, 1999, p. 21.

Y si en esos significados se encuentra una explicación de nuestro mundo presente por nuestro pasado, entonces, lo que el mito señala es que de alguna u otra manera ya siempre accedemos y conocemos al mundo antes de cualquier investigación expresa sobre él, accedemos al mundo porque somos producto y expresión de un pasado que constata su ineluctable presencia en la verdad de un presente, mas esa verdad no se dice proposicionalmente, se dice en el ámbito de un saber pre-teorético que precisamente supone que en lo pre-teorético acaece la verdad del ser: acaecimiento del tiempo, mostración, representación.⁵

Esto es, el mito, como la obra de arte, funda un mundo, lo abre, re-presenta al ser y el modo en como el ser se da en la existencia humana: en el modo de la simbolicidad y la metafóricidad. Por ello, el mito, como la obra de arte, está más cerca de la ontología que cualquier otro saber, ellos mismos son una ontología cuya base radica en ser una comprensión de mundo que no puede ser otra cosa que mostración de sentidos y significados y sólo en esa mostración el mundo es, nosotros somos, el ser es, y son siempre en una historia en la cual lo central es una idea dinámica del pasado pues da ser a un presente, refiere a un presente mas no se trata de una referencia en el sentido simple de la palabra sino más bien en su sentido ricoeuriano, es decir, no con respecto a una realidad dada sino con respecto al trabajo del sentido que construye y descubre aquello que refiere, que mienta.

En esta perspectiva, hay también en el mito, una potentísima comprensión de la tradición como transmisión, dicho con Heidegger, como—*Andenken*. Es decir, si en el relato mítico se encuentra el pasado que explica el orden presente de sentido, esto indica que pensar ese orden no es otra cosa que pensarlo como transmisión del pasado. Esto significa que para pensarnos a nosotros mismos y al mundo no hay otra vía que rememorar, y rememorar no es aquí sino la reactivación dinámica, la recuperación móvil de un pasado que para seguir haciendo presente debe ser perpetuamente transmitido, alterado, vivificado, distorsionado, transformado pues debe tener la posibilidad de explicar también lo azaroso y fortuito del presente.

Así, en el mito lo que se señala es que somos en la medida en que hemos sido, en la medida en que rememoramos la apertura de sentidos que nos han configurado y constituido en lo que somos, no hay otro lugar desde el cual interpretarnos. El mito, en tanto búsqueda de construcción de sentido, es una interpretación del mundo, de las cosas, pero esa interpretación se ocupa de retrotraer una historia pasada. Tomando en cuenta todos estos elementos, no hay duda para reconocer en qué sentido hay una recuperación hermenéutica del mito, pero más que una recuperación se trata de tomarlo como un modelo de racionalidad, de conocimiento, de verdad, que ayuda a construir esa tan añorada racionalidad luego de la crisis de la razón, de la verdad, del sujeto, que obligó a la filosofía, y la hermenéutica es muestra de ello, a voltear su

⁵ Representación en el sentido gadameriano de *Darstellung*, esto es, como manifestación de algo que llega a ser, algo que adviene a ser en su propia manifestación y como manifestación.

rostro a otros terrenos del conocimiento para nutrirse de ellos y configurar otras racionalidades. Tal es el caso gadameriano con respecto al mito y a la obra de arte que, en sus implicaciones ontológicas, encuentra posibilidades de construir las concepciones hermenéuticas del ser, del tiempo, del pasado, del lenguaje, de la historia, de la verdad. La filosofía llegaba al siglo XX a descubrir una verdad que en el pensamiento mítico es un supuesto básico: el carácter ritual del lenguaje, es decir, el lenguaje como movimiento, como acción sobre el mundo porque es mundo, como rememoración de un pasado; el mito había ya siempre recogido la nota ontológica fundamental del lenguaje: su carácter metafórico-narrativo pues “el narrar tiene un poder prodigioso”,⁶ dice Gadamer, pues narrar es el modo de ser del ser humano que expresa la manera en que humaniza su mundo y se dice a sí mismo.

Ya Nietzsche había dado cuenta de esto cuando señaló que el pensamiento mítico griego había nombrado con sus mitos y sus dioses su manera de concebir la existencia, el ser, aún antes de llegar al concepto de ser. Nietzsche ya había señalado que Dionisos y Apolo son los nombres míticos del ser, los nombres de una interpretación del mundo, de una manera de sentir la existencia, de una experiencia radical de la vida, una interpretación de nuestro ser. Mas no se trata de cualquier interpretación sino de aquella que tiene relevancia ontológica pues intenta desentrañar el modo de ser del ser humano, del mundo y de la naturaleza. En este sentido, Gadamer señala que sólo hay que leer a Homero “para reconocer la subyugante racionalidad con que la mitología griega interpreta la existencia humana”.⁷ Ya Nietzsche, como siempre, se había adelantado y había emprendido esta recuperación del mito y lo hizo en medio de un ánimo hostil con respecto a este fenómeno del saber.

Gadamer se refiere a Nietzsche y a los románticos como a aquellos que representaron una fuerza de resistencia a la devaluación ilustrada del mito, ellos fueron quienes sugirieron que en el pensamiento mítico hay condiciones de verdad y de conocimiento independientemente de su valor religioso. Era natural que ellos, los descubridores del mundo histórico, rescataran esos otros modos de conocimiento mientras que en la ilustración “el mito está concebido en este contexto como el concepto opuesto a la explicación racional del mundo. La imagen científica del mundo se comprendía a sí misma como la disolución de la imagen mítica del mundo”.⁸ Extraña paradoja ésta, pues, señala Gadamer, la ilustración y la ciencia de aquel momento recogen sin darse cuenta al cristianismo y lo asumen pues fue éste quien primero emprendió una devaluación del mito. Ilustración: cristianismo secularizado y no una amenaza para él como pareciera. El cristianismo, señala Gadamer, “ha preparado el terreno de la moderna ilustración y ha hecho posible su inaudita radicalidad, [...] haber realizado la radical destrucción de lo mítico”.⁹

⁶ *Ibid.*, p. 103.

⁷ *Ibid.*, p. 22.

⁸ *Ibid.*, p. 14.

⁹ *Ibid.*, p. 15.

No es casual pensar, entonces, que en la medida en que la hermenéutica se ha separado de los supuestos ilustrados, haya realizado una recuperación del mito y con ello, de los románticos, para quienes las presuntas “explicaciones racionales” de las cosas sucumben frente a la luminosidad del poder develador del mito y sus verdades, pues, como se ha señalado, si Heidegger hizo desde la facticidad la analítica existencial, podríamos decir que Gadamer, Ricoeur, antes Nietzsche, la hicieron desde el mito, desde la obra de arte.

Gadamer señala que mientras la imagen científica del mundo buscaba el cálculo y la medida, el mito había ya reconocido los poderes indomables que configuran nuestro ser sin que podamos controlarlos y en esos poderes se estructura nuestra conciencia. Esto significa que en el mito, ya siempre la conciencia se había fracturado, se había mundanizado, nunca fue clara, autotransparente, autofundada, más bien, como se mencionó, se teje desde el pasado, ahí la conciencia no es posesión de sí misma y ello no es el defecto del mito como señaló la ilustración y el espíritu positivista que en la modernidad animó la devaluación de pensamiento mítico y la consiguiente exclusión del mismo del terreno del conocimiento al reducirlo a fantasía irracional para despojarlo, afirma Gadamer, de sus pretensiones y valor de verdad.

Sin embargo, “la razón que relega al mito al ámbito no vinculante de la imaginación lúdica se ve expulsada demasiado pronto de su posición de mando”,¹⁰ Gadamer se refiere a que sólo por la vía de la crisis de la razón ha sido posible ver al mito con otros ojos, una vez que la conciencia ya no cree estar en absoluta posesión de sí misma y de lo real, una vez que el poder de la historia entra en ella.

Frente a esto, podemos decir que la hermenéutica gadameriana hizo *poiética* a la conciencia y con ello pudo recuperar a la conciencia mítica pues los mitos, afirma Gadamer “son respuestas en las cuales la existencia humana se comprende a sí misma sin cesar. Lo racional de tales experiencias es justamente que en ellas se logra una comprensión de sí mismo.”¹¹ Gadamer se pregunta si la razón no es mucho más racional cuando logra esta autocomprensión en algo que excede a la misma razón; en el mito, la narración espera recibir y escuchar verdades que vienen de un pasado, del diálogo con un pasado, pero se trata de verdades que solo aparecen narrativamente, apofánticamente y no apodóticamente. Ellos constituyen una racionalidad simbólica, metafórica, narrativa, creadora de sentidos.

Parece que la racionalidad hermenéutica ha partido de estos hallazgos y se ha nutrido de ellos ya que ha comprendido que la razón filosófica no puede seguir andando a solas, como lo ha señalado María Zambrano, sino que ha de fraguarse escuchando otros terrenos del saber, reconociéndolos como tales y si ha sido necesario para la filosofía comenzar a construir racionalidades diversas para acceder a la comprensión del mundo, a la comprensión de la comprensión, a la comprensión de lo que interpretamos, cómo interpretamos y porqué interpretamos, la hermenéutica de Gadamer ha

¹⁰ *Ibid.*, p. 20.

¹¹ *Ibid.*, p. 22.

prestado oídos al mito para responder a esas preguntas, lo ha re-analizado y vio en este fenómeno las posibilidades necesarias para construir un *logos* hermenéutico.

No debemos olvidar, por otro lado, que la hermenéutica no ha realizado ella sola esta operación de la recuperación del *hierós logos*. Además de recoger una herencia que se lo ha permitido, como la de Nietzsche y la romántica, considero que ha recogido, sin saberlo de manera explícita, a la fenomenología de la religión, la cual desde su incipiente configuración el siglo XIX había realizado los esfuerzos fundamentales para situar al estudio del mito desde un lugar distinto, para re-escribir su historia y rescatar, en primer lugar, sus pretensiones de conocimiento y sus implicaciones ontológicas.

Podríamos decir que la fenomenología de la religión más bien no ha sido afectada por la hermenéutica, como le ha sucedido en las últimas décadas a diversos ordenes del saber, sino que ella ha afectado a la hermenéutica, le ha proporcionado una reflexión sobre el carácter narrativo, simbólico de la experiencia humana del mundo, ha realizado una profunda reflexión sobre el sentido del pasado y de la tradición, ha pensado con el mito el carácter interpretativo de nuestras experiencias y la manera en que configuramos las ideas y las creencias que sostienen nuestras perspectivas sobre el mundo, etc. Gadamer fue un lector de Otto, de Van der Leeuw, de Muller, de Eliade y otros a quienes les debemos la fenomenología de la religión. Todos estos autores fueron construyendo una manera de comprender al mito, una concepción del pensamiento mítico y podemos reconocer en estas concepciones un tesoro del que se ha nutrido la hermenéutica, un manantial que, en particular, el pensamiento de Gadamer supo capitalizar.

El mito, señala Mircea Eliade, es una historia sagrada, un relato verdadero y sucedido *in illo tempore*.¹² Es una historia pues relata, narra. Tiene como centro del relato un pasado que explica todo orden presente de sentido, esa narración indica que ese pasado no es un objeto sino algo que está actuando en el presente y le dota de significado y de la posibilidad de ser comprendido, aquí el pasado no es objeto fijo acontecido sino algo real en tanto es rememorado y la experiencia presente del mundo está ahí con su ineluctable presencia para corroborarlo.

El mito, por otro lado, es verdadero en el sentido griego de la verdad porque es desocultamiento de sentidos y significados que nos muestran y develan el ser de las cosas tal y como se da en un presente, es desocultamiento del ser, de nuestro ser, del ser del mundo y el de las cosas, ahí está su verdad: *aletheia* y *poiesis*, mostración, apertura del advenimiento, del aparecer de algo en el mundo. Se trata de un desocultamiento, además, de carácter simbólico pues no hay otro modo en el que se nos muestre el mundo, es su modo mismo de abrirse a la existencia humana.

El mito es una historia que narra lo sucedido *in illo tempore* pues representa un orden diferente, explica y devela el orden de lo sagrado, ahí encontramos su valor religioso, mas en ese valor, toda la construcción del mito despliega y contiene un valor explicativo, un valor epistémico: es una interpretación y comprensión del mundo y del

¹² Cf. M. Eliade. *Mito y realidad*, Barcelona, Guadarrama, 1998, p. 13-30.

ser del ser humano, que sabe que el símbolo y la metáfora son su medio porque son el medio de la humana existencia, así se da el ser en el mundo del ser humano.

El mito es, como la obra de arte, fundación de un mundo en el cual cada cosa es un signo, no una presencia objetual, cada cosa es espejo, *speculum*. Cada cosa dice, es diciente, trae en sí misma un horizonte de sentido cuyos efectos se entrelazan con una totalidad a su vez hablante. Cada cosa del mundo expresa la totalidad del ente pues cada cosa es un evento de sentido que remite a algo más que su mera presencia en el mundo, remite a la apertura humana del mundo, es decir, a la significatividad, a la totalidad de significados que es el mundo humano.

Las cosas no están simplemente en el mundo, hacen mundo. Cada cosa es el rostro del mundo, del mundo que no es otra cosa que nombre y sentido, palabra, pues es la palabra, como dijera Heidegger, lo que procura el ser a las cosas. En el pensamiento mítico es la palabra narrativa lo que funda al mundo y otorga ser a las cosas, estas no están ahí por ser simples presencias sino que en la medida en que están configuradas en un orden de sentido, remiten siempre al mundo entero interpretado en cada cosa.

El mundo es lo interpretado y comprendido en el relato y esa interpretación nunca es fija pues es necesario hacerla acción, actualizarla, ritualizarla, moverla, pues de ese movimiento depende el dinamismo, la pervivencia y constante apertura del mundo, de ello depende nuestra vida; sin relato, sin historia no hay vida para el pensamiento mítico, para éste, dicho con palabras de Gadamer, "que no haya cosa alguna allí donde falte la palabra."¹³

Para concluir, podemos señalar que uno de los puntos más significativos en la configuración de la racionalidad hermenéutica propuesta por Gadamer, radica justa y precisamente en la recuperación de formas de conocimiento tradicionalmente devaluadas sobre todo por los racionalismos modernos. En este sentido, se da en la filosofía de Gadamer la tan significativa recuperación del arte en sus condiciones de verdad y de conocimiento. Junto con el arte, Gadamer recupera al mito, por "lo que éste puede aportar a la hermenéutica y a la posibilidad de configurar formas de racionalidad" una vez agotados los racionalismos. La recuperación hermenéutica del mito se inscribe de forma significativa en algunas dimensiones del pensar de Gadamer, aun cuando tal recuperación no siempre sea explícita en la obra de este autor, está presente y es posible hacer una lectura en ese sentido.

¹³ H.G. Gadamer. *Verdad y método...* p. 584.